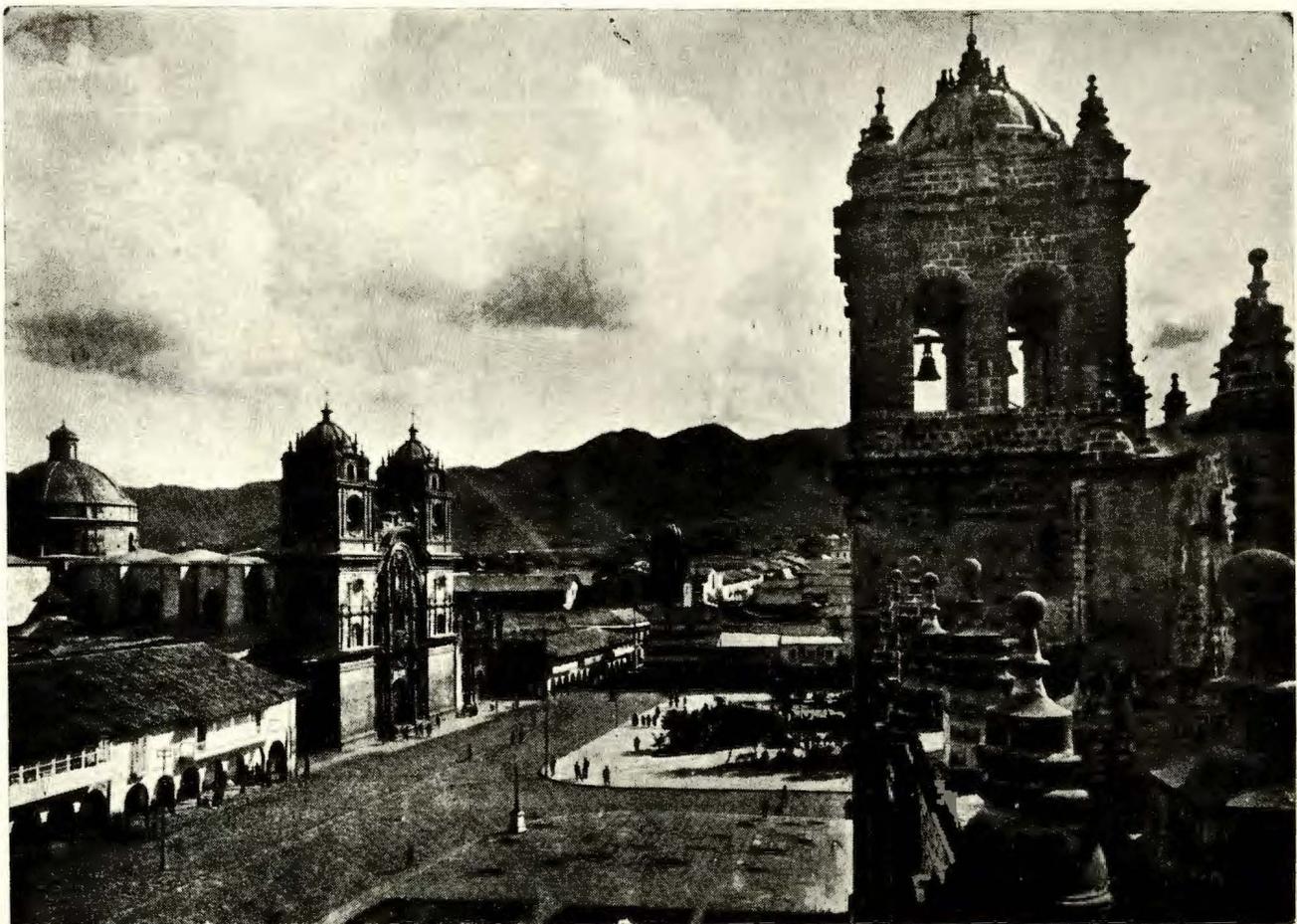


## LA ARQUITECTURA COLONIAL DEL CUZCO

**E**L proceso de desenvolvimiento de la arquitectura colonial del Cuzco y aun de todo el sur del Perú, si vamos a atenernos sólo a lo cronológico, puede dividirse en dos períodos. El primero que abarca desde el establecimiento de los conquistadores, a partir de 1534, hasta el terremoto de 1650 que asoló la ciudad y gran parte del vasto territorio sudperuano, cataclismo que redujo a escombros casi todo lo hasta entonces edificado. Y el segundo, desde aquella fecha hasta la emancipación.

Pero si además del curso del tiempo tomamos como punto de referencia el contenido o la expresión social del arte, la arquitectura colonial se clasificaría en dos grupos distintos. En primer lugar, la arquitectura que podría llamarse urbana o de ciudad—entre las pocas ciudades, propiamente tales—que se formaron durante la dominación española, arquitectura de carácter hispánico dominante. Y, en segundo lugar, aquella otra de acusado sentido rústico, de expresión aldeana o campesina, entre las numerosas aldeas que hasta hoy son la manifestación de la vida nacional



Campanarios Cuzqueños

y de dominante vigor indígena. En la ciudad predominó la forma estética importada de la metrópoli; y en la aldea adquirió relieve enérgico el sentido plástico del alma campesina; expresado singularmente en el arte ornamental que es aporte de motivos tomados de la flora y de la fauna ambientes. Aquel era el arte de los señores; éste, en cambio, el arte verdadero de los «pueblos» indios y mestizos.

Concretándonos sólo al Cuzco, raros son los monumentos correspondiente al primer período; el terremoto los trajo abajo. Apenas salvaron de la catástrofe la catedral y Santa Clara. Por eso, en estos raros ejemplares el estilo dominante es el llamado «renacimiento español», correspondiente a la época de Felipe II, a la persecución religiosa, al espíritu monástico del Escorial y de la técnica herreriana. Primer siglo colonial (segunda mitad del siglo XVI y primera del siguiente) del proceso de amestizamiento de América, vacilante y mimetista. Mientras la aldehuela campesina, de este inmenso campo peruano, aun no se atrevía a erguir debidamente sus monumentos próceres.

En el segundo período (segunda mitad del siglo XVII y todo el XVIII), el régimen feudal ha llegado a su apogeo, todos los descendientes de los conquistadores se han enriquecido a expensas del pueblo indio; el lujo y el boato son deslumbrantes entre las clases altas, mientras la miseria es más aguda entre los hombres de la base. Este es el momento en que el espíritu del campo resplandece en la fachada de los templos aldeanos, como una contradicción sintomática entre la servidumbre y el señorío. Por medio del arte arquitectónico estalla la satisfacción de los unos y el desconsuelo de los más; para unos la masa arquitectónica es afirmación de dominio, mientras que para los demás la forma ornamental que la complementa es ironía vengadora.



San Sebastián

En esta vez, los estilos barroco y churrigueresco son los más apropiados para encubrir esos sentimientos contrapuestos de la clase dominadora y de la dominada. En la aldea, donde más imperan corregidores y caciques, yérguense altos monumentos de piedra en cuyos rostros el alma del campesino, del alarife indiomestizo, deja la huella de su ironía involucrando sobre la faz de la España católica, grabada en piedra, la flor comarcana, el animal montuno o la columna estilizada que representa a una india bailarina de feria.

Pomposa, recargada de metáforas ornamentales, espectacular y pintoresca es la arquitectura aldeana, desde el humilladero que se yergue en el cruce de los caminos hasta el gigantesco torreón de la iglesia parroquial. De esa mezcla llena de humorismo nace el estilo «crespo», estilo tan apropiado y tan del gusto de las masas explotadas.

Así, dentro del segundo período cronoló-

deas del sur del Perú. Arte espectacular, conexo con las suntuosas procesiones patronales, con la policromía de las ferias dominicales, con la psicología sensualista de las costumbres populares.

• • •

La catedral es la gran obra del coloniaje, monumento típico de la arquitectura de ciu-



Iglesia de la Compañía, en el Cuzco

gico y enfrentándose a los monumentos urbanos, nace un estilo arquitectónico popular y vibrante, contorsionado e irónico, de fuerte sabor mestizo, arte propiamente nacional. Arte campesino, en pugna casi con el feudal de las ciudades, donde predomina, como se ha dicho, el gusto de las clases altas y «cultas». Este epígono de los estilos españoles floreció en los suburbios cuzqueños y en todas las al-

dad y del gusto de las clases altas, descendientes de conquistadores. Emplazada sobre la terraza que se alza en el ángulo oriental de la Plaza de Armas, la Huacaypata de los Incas y en donde antes estaba el santuario en honor del dios Wirakocha.

Juego de grandes masas, de volúmenes gigantescos que se incrustan conquistadores entre los barrios del Cuzco oriental. Superficies

pétreas que aplastan los contornos extraños, almenados bastiones de sentido beligerante, trazados así en el plano originario con propósitos defensivos, pues estaba fresco el recuerdo del alzamiento del inca Manco II. Moles ingentes, volúmenes henchidos de impulso espacial, macizos expansivos y llenos de soberbia como para descubrir toda huella del monumento incaico. La catedral simboliza la psicología agresiva del conquistador del siglo XVI.

Se levantó en cerca de cien años. Su planta fué trazada por el maestro Juan de Varamendi y las bases fueron consolidadas por Juan Correa. A paso de siglo fueron construídos los alzados, bajo la dirección sucesiva de técnicos eclesiásticos, en su mayor parte, como Juan Rodríguez de Rivera, Juan de Cárdenas y Céspedes, Diego Arias de la Cerda. Intervinieron en el cierre de las bóvedas Juan Toledano, Juan de la Coba, y especialmente, incluso en la fachada de la fachada, ya en pleno siglo XVII, el arquitecto Francisco Domínguez Chávez y Arellano.

El interior de la catedral es, igualmente, un gallardo juego de masas; altas bóvedas, arcadas de medio punto, con excepción de dos capillas laterales que lucen arcos en ojiva; frisos y arquivadas tan sólo en juego de líneas, sin ningún acento ornamental orgánico; pilares aristados, sustentadores del gigantesco navío.

La catedral arrastra por sus dos flancos los muros complementarios de las dos iglesias que a ella se adosan: «El triunfo» y la «Sagrada Familia». Es cierto, monumentos que corresponden a épocas posteriores. El primero restaurado en 1664 y 1679, sucesivamente, por Arias de la Cerda y por el obispo Serrada. El otro se edificó de 1723 a 1735. Las columnas «amelcochadas» (en tirabuzón

o salomónicas) de la «Sagrada Familia» bien dicen de las contorsiones churriguerescas que comienzan a vibrar entre las piedras religiosas del Setecientos. Igualmente, los rosetones y las superficies escamadas de «El Triunfo».

• • •

Santa Clara data también del final del siglo XVI, resistió triunfante el terremoto de 1650. Arquitectura franciscana, exhausta de brillantez decorativa. Sobrio ábside, es triadas columnas jónicas, arquivadas, frisos y frontones sencillísimos. Trabajaron esta iglesia, merced al impulso económico y prodigo de la donante y fundadora doña Beatriz de Villegas, primero, el maestro Juan Gutiérrez, mestizo; luego, finalizó la obra con el cierre de las bóvedas y la fachada íntegra de la fachada, el alarife indio Lucas Quispe. A éste último le corresponde toda la obra de columnas, frisos, arquivadas y frontones de la fachada, según escritura de concierto celebrada con la Villegas en 24 de mayo de 1599, apenas a medio siglo después de la conquista; todo por la suma de 280 pesos, más el yantar y el vino por cuenta de la donante. En cambio, el arco toral del interior de la iglesia lo cerró y acabó el alarife Pedro Zúñiga.

• • •

«La Compañía», que comprende el templo y convento de los Jesuitas, tal como está ahora, data de 1650 a 1668. Hasta el momento, del único que se sabe que intervino en su construcción es el arquitecto Chávez y Arellano, que en la misma época terminaba la fachada de la catedral. Es cierto que en esta época hay en el Cuzco una legión de

arquitectos, pero en los archivos notariales que nos sirven de fuente no hemos encontrado otra escritura que la de 22 de marzo de 1652, entre el procurador de los Jesuítas Fr. Juan de la Rocha y el mencionado maestro. Al menos, la cúpula y la fachada son de aquél.

Ya no hay aquí abstractas masas en ansias de anchura, en afanes de conquistar cada vez más tierras de indios, sino altas formas superpuestas hacia las nubes y risueños motivos ornamentales. No son bastiones de impulso beligerantes—ya el pueblo indio está totalmente sometido y el jesuíta es el primero que más lo atrae—sino flamígeras figuras ornamentales que van a ofuscar gratamente los ojos del pueblo y lo han de adormecer de gusto en medio de su servidumbre. Vibración barroca, de ese barroquismo estilo jesuítico, de movimiento tan grato a la vista; reflujos de hojarasca, ondulación de espiras, ovarios; incitadores relieves de flores y frutos; mueca de quimeras y mascarones en movimiento convulso. Retórica casuística del suarismo en contienda con la eclesiástica tomasina de aminoristas y canónigos del frente (la catedral). Ya se insinúa algún ornamento de motivación genuinamente indígena. (Fachada de la actual Universidad),

\* \* \*

La importancia de los monumentos mercenarios está por dentro, al contrario de los jesuíticos.

La iglesia es severa, de tres naves, de sencillez semejante a la catedral. Gallardos arcos de medio punto sostenidos por altos pilares aristados. Estas obras fueron realizadas por dos alarifes indios, Alonso Casay y Francisco Monya, de los ayllus «Choco» y «Que-

llayca», de los alrededores del Cuzco. Los contrató el P. Juan Riquelme, en 1654. La fachada y el campanario tienen ciertas salpicaduras barrocas, sin unidad de estilo.

El monumento egregio del Cuzco feudal es el primer claustro del convento de La Merced, Amplio cuadrilátero rodeado por altas arcadas que absorben abundante luz; pilares formeros almohadillados, columnatas decorativas exornadas con escamas, estriás, sogas, diamantes; frisos llenos de hojarasca; modillones que sustentan anchas cornisas, enjutas con arabescos de reminiscencias moriscas. Nótase aquí la mano de los principales maestros de la época, a más de Chávez y Arellano, Juan Samamés, Martín de Torres, Juan Toledano, Juan de Olmos,

El segundo claustro, para ser de la segunda mitad del siglo XVII, es una supervivencia del alma del conquistador intolerante. Severo, exhausto de decoración alguna, de formas simples y rígidas, de ambiente reactivo a la luz. Fué restaurado después del terremoto de 1650 con los mismos materiales ya construídos en 1634 por Miguel Gutiérrez Sencio. Su estilo «dórico», como reza en la escritura respectiva, bien lo dice.

\* \* \*

Un monumento de tendencia hacia la arquitectura campesina, entre los suburbios cuzqueños, es el de San Sebastián. No ha dejado del todo la nota dominante de la estética feudal, como ha ocurrido, por ejemplo, en los monumentos del Kollao (arte de dominio campesino); pero aquí ya se ven asomos de ese proceso mental operado en el alarife indio, que va libertándose de los cánones que le impone el gusto de las clases dominadoras.

La fachada de piedra, adosada a las bó-

vedas de barro, ostenta elementos decorativos, pintorescos, de factura india, en sus tres cuerpos. Búcaros indios, flores, frutos, aves de confección propia de la mentalidad indígena. Aurora del estilo cresco que va fomentando, como un narcótico, para halago del pueblo, el obispo Mollinedo, el «Mecenas» del Cuzco.

La evolución cronológica de este monumento es un tanto enrevesada. La primera obra erguida fué la torre de la Epístola, bajo la dirección y técnica del licenciado Juan de

Honor y Bustamante y de los caciques de la parroquia, en 1664. Luego vino la fachada, en 1685 y mandada construir por el obispo Mollinedo; finalmente, la torre opuesta, que se hizo ya en 1799, bajo la dirección de Martín Aragón, pero que no es sino la imitación exacta de la anterior.

J. Uriel García.

Cuzco, 1936.



El balcón de Herodes — Arquitectura Rural

Foto Martín Chambi